

Entrevista





Entrevista a Graciela M. Palau, autora del libro *“La autorrealización según el personalismo de K. Wojtyła”*

Por Gabriela Gazulla y

María Isabel Casiva

La Cátedra Juan Pablo II de la Pontificia Universidad Católica Argentina acaba de presentar la primera publicación de una serie de estudios que se preparan sobre el pensamiento de Karol Wojtyła. “La Autorrealización según el personalismo de Karol Wojtyła” es una de las primeras publicaciones en lengua castellana sobre la concepción de la educación basada en la antropología de Karol Wojtyła.

Su autora, Graciela María Palau, Licenciada en Organización Educativa por la Universidad Austral y Profesora de Filosofía, Psicología y Pedagogía por el Profesorado Pte. Roque Sáenz Peña, especializada en temas de antropología filosófica, cuenta con una amplia trayectoria docente y directiva en el campo de la enseñanza.

Gabriela Gazulla, Lic. en Comunicación, y María Isabel Casiva, Lic. en Gestión y Organización Educativa, entrevistan a la autora, quien cuenta a PERSONA por qué decidió indagar en uno de los períodos de la vida de Karol Wojtyła menos conocidos: los años anteriores al pontificado, cuando trabajaba como docente en la facultad de filosofía de la Universidad Católica de Lublin y elaboraba su pensamiento filosófico, el personalismo integral.

- ¿Cómo surge la idea de escribir este libro?

Originalmente no pensé en escribir y publicar un libro. El texto es fruto de un trabajo de tesis de licenciatura en educación que cursé en la Universidad Austral durante los años 1999-2001. En el Prólogo explico que conocí a Karol Wojtyła, como la mayoría de nosotros, en 1978, cuando fue llamado por Dios para conducir a la Iglesia a los umbrales del siglo XXI. En ese entonces cursaba estudios de profesorado de filosofía y pedagogía. Leí su libro *Amor y Responsabilidad* que me cautivó por su método fenomenológico, su profundidad filosófica y porque describía experiencias que en ese período de la vida, de forma particular, me fascinaban. Seguí su magisterio con entusiasmo desde el comienzo de su pontificado. Recuerdo, por ejemplo, su primer discurso a los Obispos latinoamericanos en enero de 1979, cuando viajó a Puebla. En esos años la voz del Papa no se hacía escuchar en los medios de comunicación y este discurso se pudo leer completo en un periódico argentino. Me sorprendió también, por su estilo, la primera encíclica programática del pontificado, *Redemptor hominis*, y no perdí oportunidad de leer todo lo publicado, hasta el último libro que salió en ese entonces, cuando cursaba la licenciatura, su autobiografía *Don y Misterio*. A medida que se publicaban los iba estudiando y transmitiendo de un modo u otro en clases de Filosofía, de Antropología, en diversos cursos para estudiantes y seminarios profesionales. Esto significa que, cuando preparo la tesis en el año 2001 sobre la antropología de K. Wojtyła como fundamento de la actividad educativa, llevaba conmigo un bagaje de lecturas y conocimiento bastante profundo del autor y de su pensamiento. Me fascinaba, de modo particular, su intento de llevar a la razón al límite en el esfuerzo por mostrar la verdad -especialmente la verdad del hombre- de un modo que intentaba también ser comprensible para los que no tienen fe. En *Fides et ratio* dejó escrita su convicción de que el pensamiento filosófico es a menudo *el único ámbito de entendimiento y de diálogo con quienes no comparten nuestra fe*.

El resultado de esa investigación despertó interés, por el tema y por el autor que no es tan conocido por su legado filosófico. Defendí mi tesis en mayo del 2002 y en octubre de ese

mismo año envié un ejemplar a Juan Pablo II. Era el único ejemplar en el que constaba la dedicatoria que ahora he publicado en el libro: *A Juan Pablo II, quien, con su ejemplo, me mostró cómo buscar la Verdad con la libertad del Amor*. Es breve pero muy pensada porque pretendía ser una síntesis de lo que había analizado en sus escritos: el hombre como buscador insaciable de verdad es un ser hecho para el amor que se realiza mediante su libertad, es decir, sus acciones libres y *autodeterminantes* que configuran la propia subjetividad moral. Como es sabido, la educación de la libertad es un tema clave en el trabajo docente y la hondura del análisis de Wojtyla sobre el vínculo entre libertad, verdad y amor para llegar a la realización humana, me resultaba un tema muy atractivo. En la entrevista con André Frossard se contiene esa afirmación tan contundente y esclarecedora: tenemos una libertad cuya medida depende del amor del que seamos capaces. Sólo este encuentro con la verdad y el amor que libera, conduce a la realización plena de sí mismo. Elegí entonces esta cuestión antropológica para mi trabajo de investigación pero, como le decía, en aquellos años no pensaba en la publicación.

Más tarde se me presentó la oportunidad de vincularme con la Cátedra Juan Pablo II de la Universidad Católica Argentina que tuvo la generosidad de facilitármelo a través de la Editorial universitaria de esta casa de estudios. Tengo la ilusión de que sea un aporte para que otros se motiven a seguir investigando en las honduras de este pensamiento.

- La filosofía de Wojtyla es original, ¿cuáles son las fuentes de su pensamiento?

La respuesta a su pregunta la ofrece el mismo Wojtyla en el prólogo de *Persona y Acción*. Se declara deudor de los sistemas de la metafísica, de la antropología y de la ética aristotélico-tomista, por una parte y, por otra, de la fenomenología, sobre todo en la interpretación de Max Scheler. A través de las críticas de Scheler al formalismo kantiano, también profundiza en la ética de Kant. Wojtyla, por su parte, intenta hacer una antropología que facilite mostrar la realidad del hombre-persona a través de sus acciones y que sirva para fundamentar la ética. Parte de la *experiencia* que nos ayuda a distinguir dos tipos

de acciones: aquellas que ocurren en nosotros, sin nuestra participación activa “lo que ocurre en mí”, y las acciones humanas que parten de mí como autor eficiente y libre (*actus personae*).

Wojtyla se enriquece con la fenomenología de Scheler y la apreciación fenomenológica del valor, después de haber asentado firmemente en su formación intelectual los principios metafísicos tomistas. Muestra en sus análisis que, a la *experiencia del valor*, le sigue la *experiencia del deber interior* que se suscita en la conciencia al discernir la veracidad del valor. Wojtyla explica cómo los valores son verificados y personalizados, interiorizados por la conciencia para discernir su verdad que concluye en un juicio: “X es bueno”. Al descubrir la veracidad del bien surge la experiencia del deber: “X debe ser hecho”. Scheler, en cambio, no había llegado a descubrir a la persona como centro de interioridad, sujeto del juicio y de la acción encaminada a la realización. Por eso, afirma Wojtyla, el sistema ético de Scheler no permite captar la relación causal de la persona respecto al bien o al mal ético porque la persona emerge solamente como “sujeto” fenomenológico de los valores que son dados en su percepción afectiva intencional. Tampoco nos permitiría captar en sí mismos los valores éticos objetivos del acto humano. Si Scheler subordina la conciencia a la percepción afectivo-intencional y reduce, en consecuencia, la esencia misma de la experiencia ética a la experiencia emocional de los valores, Wojtyla, en cambio, describe a la persona como sujeto causal de actos, como causa eficiente de los diversos valores éticos contenidos en ellos. Scheler le brinda importantes luces para el análisis de los hechos éticos en el plano fenomenológico y experimental pero Wojtyla pretende más, un acceso a la ontología a partir de la fenomenología de la persona.

- ¿Cómo utiliza Karol Wojtyla la noción de experiencia para iluminar el concepto de persona?

La *experiencia* que Wojtyla utiliza como punto de partida en *Persona y acción* ilumina el concepto de persona porque nos permite ver los fenómenos del espíritu humano tal como aparecen en su variedad y en su riqueza, acercarnos a la interioridad humana, a la subjetividad personal libres de cualquier *a priori* de los sistemas

filosóficos. Esta *mirada realista de la experiencia* otorga una mayor precisión en el ver porque no parte de abstracciones sino del encuentro con el hombre real que busca y se pregunta. Y el hombre experimenta o se percibe a sí mismo como ser personal que actúa.

Wojtyla distingue tres niveles de experiencia: la experiencia del hombre, la experiencia de la acción humana y la experiencia de la moralidad. La experiencia del hombre es transfenoménica, muestra el fundamento ontológico personal de la acción. La experiencia de la acción y de la moralidad muestran que el hombre es persona. Podríamos decir, parafraseando al entonces Cardenal Ratzinger, que Wojtyla había aprendido de Scheler a indagar, con una sensibilidad humana hasta ese momento desconocida, la esencia de algunas cuestiones como la virginidad, el matrimonio, la maternidad y la paternidad, el lenguaje del cuerpo y el amor. Aprendió del personalismo a hacer una filosofía a partir de la experiencia en diálogo con lo concreto. Su antropología está fundada en la metafísica pero siempre en relación con la realidad presente, con el hombre concreto que actúa y esto le aporta una riqueza perceptiva enorme, que supera el objetivismo y el idealismo.

Es la *experiencia* la que nos desvela y nos permite ver de un modo más inmediato la subjetividad del hombre y entrar en contacto directo con su espiritualidad: la conciencia moral, la libertad, la dignidad de la inteligencia y la búsqueda de la verdad revelan el espíritu. Muestran la naturaleza humana y la realidad concreta del hombre interior. Las experiencias no se oponen a las pruebas metafísicas de la existencia del alma espiritual e inmortal ni implican una renuncia de la metafísica. En cambio, sostiene Wojtyla, son un modo de 'desvelar' el espíritu humano a un lector moderno a quien la experiencia le dice más que una rigurosa prueba de carácter filosófico.

- ¿Por qué denomina como *personalismo integral* a la antropología que elabora Wojtyla?

Su personalismo es integral por varios motivos: porque reúne en sí las dos miradas sobre la persona, la mirada de la luz natural de la razón y la mirada que parte de la Fe revelada

que agudiza nuestro conocimiento de la verdad natural; porque abarca todas las dimensiones de la persona humana integrándolas en una mirada unitaria y compleja: lo bio-psicológico, lo afectivo y el nivel consciente; porque el análisis fenomenológico se fundamenta en la verdad metafísica y ayuda a profundizar en ella integrando estas perspectivas con su método ontofenomenológico. Además, como hemos explicado, Wojtyla al hacer filosofía parte de la experiencia, de una experiencia que denomina precisamente como *integral*, interior y exterior: la experiencia del propio sujeto y la de los demás sujetos.

Esta perspectiva original para hablar de la persona y este método lo sistematiza Wojtyla en su obra filosófica más importante *Persona y Acción*. No 'demuestra' de modo abstracto, sino que 'muestra' algo que existe realmente; recurre a la experiencia del mismo lector, describe, explica, interpreta y convence. Pretende poner a la persona a la vista y enfrentarla con su verdad, con la Verdad (con mayúscula). En la entrevista *Cruzando el umbral de la esperanza* refiriéndose a su documento sobre el Redentor del hombre (*Redemptor hominis*), aparecido algunos meses después de su elección, confiesa que llevaba dentro su contenido y dice que la Encíclica constituye la confirmación, por un lado, de la *tradición de las escuelas* de las que él proviene y del *estilo pastoral* al que esa tradición se refiere. Esa escuela filosófica de Lublin (KUL) es donde trabajó desde 1954 con otros filósofos centrados en la vinculación entre metafísica, antropología y ética que parten, para su investigación especulativa, de una reflexión sobre la persona y la experiencia humana. Les interesaba llegar a la verdad de la condición humana para poder orientar el actuar humano y encontrar un sentido. El mayor compromiso de profesores y alumnos, cualquiera fuese su postura filosófica, apuntaba a la defensa de los derechos de la persona.

La antropología de Wojtyla es científica y racional pero es también una cuestión pastoral que integra la mirada de la fe como inseparable de la antropología: "filosofía, pastoral y fe se funden en esa tensión antropológica" decía el entonces Cardenal Ratzinger en una conferencia del año 2003.

- ¿Y cuál es la relación de la filosofía de Karol Wojtyla con la educación?

Verdad, libertad, amor son conceptos claves del pensamiento de Karol Wojtyla y dimensiones de la interioridad humana que es necesario educar para realizarnos en plenitud como personas. Karol Wojtyla no escribe sobre educación, pero yo estaba interesada en el fundamento antropológico de la actividad educativa. Si la educación es propia de lo humano -al animal se lo adiestra, al hombre se lo educa- es evidente que necesitamos ahondar en la concepción trascendente de la persona, atender al desarrollo de su dimensión subjetiva de manera accesible a la sensibilidad de un educador contemporáneo. Intuía que en la filosofía de Wojtyla podría descubrir elementos originales que servirían para ahondar en la comprensión de lo humano y no sufrí decepción, al contrario.

Pienso que Wojtyla no sólo es filósofo sino que ha creado un enfoque original de la cuestión antropológica a pesar de haber dedicado poco tiempo a esta tarea en el conjunto de sus actividades pastorales. Sus escritos filosóficos -especialmente *Persona y Acción*- se distinguen de otro tipo de trabajos (teológicos, magisteriales) por su método. Sus reflexiones filosóficas sobre el hombre son definidas por él mismo como un intento de “*ver a la persona a través de sus actos*”, ahondar en esa realidad irreductible, única e irrepetible que es cada persona en su interioridad, en su subjetividad. Quiere captar lo más profundo del espíritu humano y describir cómo ‘se hace’ la persona, como se autorrealiza, en su ‘deber ser’, desde su ser (esse). Cómo la persona es un ser necesitado del auxilio educativo para realizarse, aquí encuentro el vínculo entre esta antropología que ofrece el fundamento a la educación. Es necesario fundamentar la acción educativa en una concepción antropológica integral y descubrir a la persona como un sujeto (no es un objeto), de interioridad (tenemos intimidad), capaz de conocer -de buscar la verdad- y desear el bien. Comprender a la persona como ser capaz de autodeterminarse con las acciones que parten desde sí y que modelan a ese mismo ser mediante su actuación. La educación debe contribuir a que las personas lleven a plenitud su potencialidad personal y se autorrealicen libremente a través de sus acciones libres y responsables.

Como filósofo, en su intento de ahondar en la descripción de la acción humana, Wojtyla acuña algunos conceptos clave que hay que comprender a fondo para evitar reducirlos en su contenido: autodeterminación, autogobierno, autoposición, autodependencia, autodecisión o autoteleología son, por ejemplo, conceptos con los que ahonda en la comprensión de la libertad humana como propiedad personal. Y lo más interesante y enriquecedor para los educadores, es que mediante estos conceptos y análisis muestran a la persona descriptivamente, podríamos decir, fenomenológicamente y esto abre muchos horizontes a la mirada del educador.

- ¿Podría expresar brevemente, y para terminar, qué entiende por *autorrealización*?

Para comprender a fondo al autor es necesario distinguir tres niveles de análisis en sus escritos: el ontológico, el axiológico y el nivel ético. Lo mismo puede aplicarse a la realización humana mediante las acciones personales o actuar humano. Por medio de la acción, el hombre se autorrealiza en sentido ontológico y ético. Se actualiza en cuanto ser y se perfecciona en sentido axiológico y ético: llega a la realización psico-moral del ‘yo’. Se hace gradualmente ‘alguien’ en el aspecto ‘personal - ético’ a partir de ser ‘alguien’ en el nivel óntico.

Todo hombre es valioso por el hecho de ser persona pero la acción virtuosa añade el valor del bien de la acción que permanece en nosotros como una huella o virtud, como hábito operativo bueno o *destreza moral* (en lenguaje wojtyliano). A medida que el hombre se trabaja a sí mismo los valores que son las luces que iluminan su existencia, brillan cada vez más intensamente en el horizonte de su vida, imagen que a mi modo de ver expresa bellamente Juan Pablo II en *Memoria e identidad* refiriéndose a la autoeducación moral y al crecimiento de la vida interior y virtuosa.

La realización corresponde a la propia estructura de la persona -ser potencial, perfectible, inacabado- y únicamente puede conseguirse en la persona que actúa y, al actuar, se auto-perfecciona. Esa realización plena depende directamente de la conciencia moral que forma los juicios sobre la verdad del bien y se constituye interiormente en una norma que ‘obliga’ a

realizarlo. La praxis o acción puede hacer más humano o menos humano al hombre: depende de sus elecciones y decisiones, de la veracidad de los valores que encarna en sus acciones.

Haría falta explayarse aún más en otros aspectos como la responsabilidad en la propia realización, la noción de *participación* intersubjetiva y perfectiva de la relación “yo-tú” y del sujeto y la comunidad pero creo que esto quedará para otra oportunidad.